

Fútbol, elites y democracia

Jacobo Rivero

El Mundial de Brasil 2014 será recordado por la victoria de Alemania frente a Argentina y la ausencia desconcertante de Messi, en un deporte de alcance mediático y social sin comparación. Pero también por las protestas y cierta sensación de hastío hacia unas derivas que vinculan al deporte “de elite” con un volumen de negocio que muchos ciudadanos, no solo en Brasil, parecen rechazar. Pero el fútbol es mucho más que lo que ocurre en un evento como el vivido recientemente. También hay otras experiencias que apuestan por un modelo radicalmente distinto, en la misma lógica que se expresa mucha gente cuando dice, en referencia a los *partidos del sistema*, que no les representan.

El fútbol es bonito, o eso pensamos unos cuantos. Pero si uno mira lo que ha ocurrido recientemente en Brasil con perspectiva de transformación del estado presente de las cosas, en lo local y en lo global, convendrá que el fútbol es un espacio de juego para disfrute de las elites, un negocio suculento para mafias y corruptos, y otro macroevento internacional marcado por represión de las demandas sociales. Ocurre que eso, en realidad, es una parte minoritaria del deporte más practicado en el mundo. El Unión Club Ceares de Gijón, que juega en la tercera división del fútbol asturiano, anunciaba por Facebook el siguiente reclamo el pasado 14 de julio:

Como sabéis, desde que acabó la temporada el club (es decir, los socios) está trabajando en adecentar La Cruz. El miércoles será día de trabajo, principalmente para hacer una limpieza profunda de la grada. Por ello, a petición de varios socios, os convocamos mañana martes a las 20:00 para repartir el trabajo y que estos socios puedan dar las indicaciones necesarias para la jornada de trabajo del miércoles. Los que no podáis acudir, nos vemos el miércoles directamente.

Un ejemplo de cómo un club de fútbol puede ser también un espacio de “empoderamiento” y construcción de tejido social con voluntad cooperativa y autogestionaria. No es lo habitual, pero es una tendencia en aumento para muchos aficionados: la construcción de una nueva relación con el fútbol, la implicación con un entorno y la construcción de unos valores radicalmente opuestos a los que se muestran en estadios de *alto standing*, allí donde antes de poner el último ladrillo y tocar el árbitro el silbato, han muerto varios obreros con contratos miserables.

Unos días antes del inicio del Mundial de Brasil 2014, el otrora rey del fútbol mundial, Edson Arantes do Nascimento, más conocido como *Pelé*,

hacía unas declaraciones ante numerosos medios de comunicación de todo el mundo enfundado en una camiseta plagada de publicidades: “No es el momento de protestar sino de aprovechar el momento que vamos a vivir para crecer y construir un país más fuerte”; y añadía:

La gente que protesta tiene que aprovechar la oportunidad. Es verdad que ha habido corrupción política y en la construcción de los estadios, algo que nos preocupa a todos, pero el deporte es uno de los mayores escaparates para Brasil. Somos conocidos en todo el mundo por el fútbol y este campeonato es muy importante para el país. La corrupción existe, pero no puede eclipsar un momento como este. No hay mayor promoción mundial para Brasil que organizar una buena Copa del Mundo y unos buenos Juegos Olímpicos. (Osorio, 2014).

Desde su retirada en 1977, Pelé ha vivido a la sombra del poder político, se ha fotografiado con numerosos empresarios, protagonizado numerosas publicidades y promociones de todo tipo, y representado eso que algunos llaman el “fútbol negocio”, al cobijo de la poderosa Federación Internacional de Fútbol (FIFA). Ocurre que, al hilo del Mundial, muchos de sus conciudadanos han decidido salir a la calle para manifestar que están cansados de esa dinámica de eventos, que lejos de ser una “oportunidad”, como señala Pelé, viven como una “estafa”, alejada de sus necesidades cotidianas, a los que además les resulta imposible acceder como espectadores por el precio de las entradas. Precisamente, el lema más visto estos días en pancartas y murales en las calles de Brasil ha sido “FIFA go home!” La paradoja es que esto ocurre en el país del mundo donde con más intensidad se vive el fútbol a pie de calle. Por primera vez en un torneo de estas características, mientras el balón rodaba en el campo, en las calles adyacentes se manifestaban miles de ciudadanos.

El fútbol es el deporte más practicado en el mundo. Según un estudio que realizó la FIFA en el año 2007, unos 270 millones de personas estarían directamente implicadas en la práctica de este deporte. Desde los jugadores y jugadoras, a los árbitros y funcionarios. Un 4% de la población mundial, según el estudio. La encuesta se realizó consultando a las 207 asociaciones relacionadas con la FIFA. Se solicitó a las asociaciones presentar cifras exactas, dentro de lo posible, sobre las siguientes categorías: futbolistas profesionales, jugadores mayores de 18 años inscritos, jugadores menores de 18 inscritos, jugadores de fútbol sala y de fútbol playa, jugadores ocasionales, árbitros y funcionarios, dividiendo cada categoría entre hombres y mujeres (FIFA, 2007). Solo una minoría está relacionada con la elite del fútbol, con los sueldos millonarios, con las selecciones nacionales o con los equipos profesionales. El fútbol es mucho más que lo que sale en los medios de comunicación, especialmente en Brasil. Pero el problema para muchos, es que el espejo en el que muchos chicos y chicas se miran, es el que representan las grandes estrellas, jugadores como Cristiano Ronaldo o Lionel Messi convertidos en

multimillonarios y estrellas mundiales. Un camino de éxito, donde la moral y la ética ocupan un lugar secundario, especialmente para los organismos encargados de dirigir el fútbol.

Brasil 2014

Brasil es un país de enorme riqueza natural y desigualdades inmensas. En 2012 el país *carioca* desbancó a Reino Unido como sexta potencia económica mundial. Según un informe de la ONG Oxfam de ese año, 11,6 millones de brasileños viven en favelas (un 6% de su población, un número mayor a la población de Portugal), y es el segundo país más desigual del G-20, que agrupa a los 20 países más desarrollados del mundo, solo por detrás de Sudáfrica (Kishinchand, 2014). En estas circunstancias, Pelé apelaba a la “oportunidad” para el país, una situación que muchos juzgan engañosa. El teólogo brasileño Paulo Freire escribía en 1970 sobre la condición de los más pobres en relación a las “oportunidades” que les ofrecen quienes tienen de todo: “Los opresores, falsamente generosos, tienen necesidad de que la situación de injusticia permanezca a fin de que su ‘generosidad’ continúe”. Muchos de los lemas que se usaron en las protestas de Brasil apelan a las circunstancias que señaló Freire, con la voluntad, precisamente, de revertirla. Miles de manifestantes brasileños en las calles de las ciudades más importantes del país han levantado pancartas con consignas significativas del sentir de buena parte de la ciudadanía: “Es de chiste, hay dinero para estadios y no para educación”, “No me importa el Mundial, dinero para sanidad o educación” o “Queremos hospitales con el estándar FIFA”. El último de estos tres eslóganes muestra una evidencia: el fútbol de máxima competición pertenece a las elites, que viven en “estándares” que nada tiene que ver con los que disfruta la mayoría de la población. Algo impensable en el fútbol de no hace tanto.

El Mundial de Brasil ha tenido un coste aproximado de 14.500 millones de euros, financiado en más de un 90% con dinero público. Las obras de los estadios han costado más de 2.700 millones y se calcula que cerca de 170.000 personas han sido desalojadas de sus viviendas debido a las operaciones urbanísticas relacionadas con el Mundial, según los Comités Populares da Copa, una de las principales organizaciones de coordinación de los movimientos sociales brasileños opuestos al evento. El retraso en las obras, la subida del transporte, las muertes de trabajadores en jornadas agotadoras con nulas medidas de seguridad, los casos de corrupción, la construcción de infraestructuras innecesarias... han sido los detonantes de la protestas.

Poco antes de la cita, en un artículo publicado en el diario argentino *Clarín* por el investigador de la Universidad de Estocolmo Claudio Tamburrini titulado “Fervor por el Mundial, pero sin olvidar su costo social”, el autor comentaba:

“El Mundial de Brasil ha tenido un coste aproximado de 14.500 millones de euros, financiado en más de un 90% con dinero público”

Distintas movilizaciones populares en el país anfitrión han puesto en tela de juicio la racionalidad de gastar cifras astronómicas provenientes del erario público para financiar la actividad comercial de la FIFA, una empresa multinacional disfrazada de organización deportiva con balances que no son hechos públicos y reiterados casos de corrupción en su historial. El gasto mundialista —señalan los manifestantes— obliga a postergar necesarias inversiones en las áreas de salud, educación, transporte y demás. Quienes ven así negados sus elementales derechos ciudadanos se convierten entonces en las principales víctimas del fútbol global (Tamburrini, 2014).

Joseph Blatter, presidente de la FIFA, señaló sobre los manifestantes y sus reivindicaciones que “no se debería usar el fútbol para anunciar reivindicaciones” (AmericaNoticias, 2013). Pero la intención del máximo dirigente del fútbol mundial por desligar deporte y política ha sonado a broma de mal gusto, especialmente cuando parece una evidencia que la FIFA se mueve principalmente por intereses económicos y políticos, no por amor al juego. Al hilo del Mundial que se celebrará en 2022 en Qatar ya han aparecido una serie de escándalos de corrupción que se han conocido como el *Qatargate*. Pocos días antes del inicio del Mundial de Brasil, marcas como Budweiser y BP se sumaron a otras como Adidas, Coca-cola, Visa o Sony, al mostrar sus dudas a la FIFA por la concesión de patrocinios. Todas ellas pidieron una investigación respecto a las informaciones de varios medios que destapaban un supuesto caso de sobornos que habría permitido que el Mundial de 2022 se celebre en Qatar, también sobre las concesiones publicitarias para el evento. Unos amaños que se habrían realizado a cambios de favores económicos a los dirigentes de la FIFA. Joseph Blatter aseguró que las acusaciones eran un “acto de discriminación y racismo contra el pueblo de Qatar”. En ese contexto, la “sensibilidad” de las autoridades brasileñas hacia las protestas ha gravitado entre promesas de mejoras sociales, que han desactivado a algunos de los movimientos que participaban en las protestas como el referido a las luchas por la vivienda o el de los trabajadores del transporte público, y el reforzamiento del orden público: 57.000 soldados, 100.000 policías y 15.000 agentes de seguridad privada, han sido destinados a la seguridad durante el Mundial. En total se han invertido 870 millones de dólares para que no hubiera ninguna anomalía en la “gran fiesta del fútbol”. Otra vez, un inmenso gasto de dinero público que podría haber revertido en beneficios para los ciudadanos.

No se puede evitar relacionar lo ocurrido en Brasil al hilo del Mundial con las *derivadas indignadas* que han ocurrido en los últimos años en varios países, entre ellos España, al hilo de la crisis económica. Una situación de la que muchos ciudadanos culpan a la clase política, y que también aquí tiene

la mirada puesta en la privilegiada situación del fútbol y el favoritismo del que goza, en una situación tan delicada para los ciudadanos como la que atravesamos.

El caso español

En España, el país con “la mejor liga del mundo”, la situación es esclarecedora de por dónde se mueve el fútbol en relación a la economía y los poderes públicos. El Gobierno pagó a la UEFA (la Asociación de Fútbol Europeo), 35 millones de euros por derechos televisivos de partidos de la selección de escaso interés; las diputaciones de muchas comunidades han invertido dinero público en clubes (en realidad sociedades anónimas deportivas) y estadios (algunos en estado de abandono como el que se iba a inaugurar en Valencia); las televisiones públicas locales han dilapidado millones en derechos de retransmisión impropios de un servicio público que anda en situación precaria; hay clubes que desaparecen asfixiados económicamente un día sí y otro también, mientras se suceden por arriba (Real Madrid y Barcelona) los contratos más caros del fútbol internacional. La deuda con Hacienda del conjunto de equipos de la Liga de Fútbol Profesional era de 720 millones de euros hace dos años, cifra que se ha reducido tras un riguroso plan del Consejo Superior de Deportes, obligado por las advertencias de sanciones de la Unión Europea. En estas circunstancias el escándalo debería ser mayúsculo. No lo es, y la rueda sigue con aparente normalidad: Lionel Messi renovó contrato con el Barça recientemente, cobrará 20 millones de euros por temporada. Al margen quedan los presuntos fraudes a Hacienda cometidos por su entorno o las dudas razonables de irregularidades en el contrato del último *galáctico* en aterrizar en nuestras tierras, Neymar.

Para la periodista María Cappa, que coordinó un especial sobre “fútbol y corrupción” para la revista *La Marea*, el problema de lo que ya muchos llaman “la burbuja del fútbol español” no tiene que ver con el deporte, sino con su entorno. Señala Cappa: “Los directivos, políticos, medios de comunicación y multinacionales (patrocinadores) son quienes pervierten el deporte para hacer de él una máquina de hacer dinero”. En estas circunstancias están apareciendo nuevos protagonismos que denuncian la situación que se vive en el fútbol, pero que reivindican otra forma de vivirlo. Al nivel del deporte base, son varias las experiencias que están surgiendo en contra de lo que muchos llaman el “fútbol moderno”, denominación sobre la que gravita la idea del fútbol como negocio, por encima de otras consideraciones. También por encima de los aficionados. Un caso paradójico muestra lo surrealista de la situación. El Eibar, que habría logrado este año el ascenso a primera división, no tendría asegurada su plaza porque según el Real Decreto 1251/1999 que regula el régimen jurídico de las Sociedades Anónimas Deportivas (SAD) está obligado a emprender hasta el 6 de agosto una ampliación de capital de 1,7 millones de euros. En caso de no conseguir el dinero podría descender a Segunda B de manera administrativa.

“No se puede evitar relacionar lo ocurrido en Brasil al hilo del Mundial con las *derivadas indignadas* que han ocurrido en los últimos años en varios países, entre ellos España, al hilo de la crisis económica”

Paradojas de la vida, el único club con cuentas saneadas no subiría a una Liga de fútbol endeudada hasta el extremo. Su presidente Álex Aranzabal en un acto en Madrid para conseguir dinero señalaba la filosofía del equipo guipuzcoano: “Entre el éxito deportivo o el éxito económico, siempre hemos tenido claro que tenemos que hacer prevalecer la importancia de que la economía esté ordenada. Solo a partir de una base sólida y de una gestión económica racional, construir un proyecto deportivo”. Una anomalía absoluta en un mundo que se mueve en otras dimensiones, las que proyecta el fútbol asociado a los negocios

que se hacen o dejan de hacer en el palco del estadio Santiago Bernabéu.

No es un asunto menor. José Luis López Serrano, que fue directivo del Real Madrid durante muchos años, señalaba en una entrevista para el diario deportivo *As* en diciembre de 2013 que al palco del club merengue acuden “los personajes más importantes del mundo de la política, de la judicatura, de la administración, de las grandes empresas y de los medios de comunicación” y añadía: “Florentino enarbola la bandera del Madrid para que le concedan una reunión con el presidente de cualquier país o con las empresas más importantes. [...] Florentino utiliza las giras para hacer negocios para ACS” (Ruiz, 2013). La relación perfecta con la que cerrar el círculo fútbol y negocios, ya sea en España, o, como ha ocurrido, con la construcción de infraestructuras en Irán o Albania previo paso del primer equipo del Real Madrid para jugar partidos amistosos.

Pensar que política y fútbol no tienen relación es jugar al juego que propone *la casta*: el clásico pan y circo tan mencionado desde ámbitos de izquierda. Un error de visión si no se atiende a las disidencias deportivas que, como la del Ceares en Gijón, van surgiendo en muchos pueblos y ciudades del mundo: la cooperación de los aficionados como espacio de relación con un deporte de origen, además, obrero. Un espectáculo tan respetable, aunque a la izquierda muchas veces le cueste corregirse la miopía, como el teatro o el cine. Mucho más cuando la competición se mide como un reto de habilidades, sin mayor exigencia que el respeto por el juego y la diversión dentro y fuera del campo. Una cuestión esta última bastante importante en todos los tiempos.

Las próximas convocatorias del fútbol internacional en Rusia y Qatar apuntan a que la FIFA no tiene intención de cambiar el rumbo de los acontecimientos vividos en Brasil. Probablemente Pelé acudirá de invitado estrella, como hizo siempre, a rebufo de lo que digan los dirigentes del fútbol mundial y cuando se le aproximen los micrófonos dirá lo mismo que hace unas semanas, algo así como que no hay que mezclar política y deporte, que de lo que se

trata es de aprovechar la “oportunidad”. Algo con lo que sí están de acuerdo muchos empresarios que viven a la sombra de un deporte que genera importantes beneficios, por encima de las necesidades reales que tenga la gente. Una burbuja que muchos apuntan no tardará en estallar, a no ser que se convierta en un coto privado para ciertas elites. Brasil 2014 ha sido, probablemente, la primera señal.

En este contexto *sorprenden* todavía algunas lecturas desde los espacios de la “izquierda transformadora”. El pasado 10 de julio, el editorial del diario *Gara* llevaba por título: “Bonito o no, el fútbol es solo un ‘jogo’” (Gara, 2014). En el texto se aplicaba el clásico conservadurismo que critica la utilización del deporte para hacer reivindicaciones. En el caso brasileño, desde fuera de los estadios: “Con sus errores y aciertos, y también con abundantes dosis de autocrítica que incluye su gestión de esta Copa del Mundo, el PT ha conseguido evidentes avances para la mayoría de la población brasileña desde que Lula llegó al gobierno hace once años. Ha situado la pobreza en la agenda y la ha combatido en sus formas más extremas. Ha distribuido más justamente la abundante riqueza del país. Ha creado 20 millones de empleos, ha aumentado el sueldo mínimo en un 70%, ha impulsado la sanidad pública con 13.000 nuevos médicos”. Y añadía a continuación: “Su gestión es, sin duda, mucho mejor que la del equipo que ha representado al país en este Mundial, pésimo heredero de aquel del *jogo* bonito. Política es política y fútbol debería ser siempre solo eso, un *jogo*”. Una línea editorial sorprendente, que además evitaba contrastar los datos con el despilfarro de dinero público, el traslado forzoso de poblaciones de favelas cercanas a los estadios, la subida del precio del transporte o los bloqueos policiales durante días de áreas de población habitadas por la pobreza *estructural*. Un balón de oxígeno que además perjudica a los criterios éticos de la izquierda y a la percepción de lo que debería ser una gestión de liberación y justicia social desde lo institucional. La crítica es un elemento de construcción, mucho más desde un medio de comunicación con voluntad reflexiva y empatía con el lector, mucho más en estos tiempos que las “mayorías sociales” están con un mosqueo considerable. El mismo que representan los manifestantes que llevan carteles de “FIFA go home!”, cansados de vivir en permanente estado de malestar, mientras unos pocos hacen caja a espaldas a su costa.

El futbolista brasileño Sócrates, *mártir* como jugador comprometido y revolucionario, señaló en una ocasión: “Para mí lo ideal sería un socialismo perfecto, donde todos los hombres tengan los mismos derechos y los mismo deberes. Una concepción del mundo sin poder”. Sócrates *democratizó* un club de fútbol durante la dictadura militar de Figueiredo. Crearon la *democracia corinthiana*, con el lema de “Libertad con responsabilidad”, donde todos los relacionados con el equipo —desde los jugadores hasta los utilleros o los socios— tomaban en conjunto las decisiones y los votos contaban por igual. Con la responsabilidad del bien común. Por mucho que se quiera reprimir y

silenciar, aquí o en Brasil. Una propuesta que, afortunadamente, cada vez sue-
na con más fuerza, dentro y fuera de los estadios.

Jacobo Rivero es periodista y escritor. Su último libro es *Conversación con Pablo Iglesias. De la calle a Bruselas* (Ediciones Turpial, 2014). Le puedes seguir en Twitter: @sputnikjkb

Bibliografía citada

- AmericaNoticias (2013) “Blatter sobre protestas en Brasil: ‘No deberían usar al fútbol para anunciar sus reivindicaciones’”. AmericaNoticias.pe. 19/6/2013. Disponible en: <http://www.americatv.com.pe/noticias/deportes/blatter-sobre-protestas-en-brasil-no-deberian-usar-al-futbol-para-anunciar-sus-reivindicaciones-n11298>
- FIFA (2007) “Gran censo 2006”. Disponible en: http://es.fifa.com/mm/document/fifafacts/bcoffsurv/smaga_9472.pdf
- Gara (2014) “Bonito o no, el fútbol es solo un ‘jogo’”. Diario *Gara*. 10/7/2014. Disponible en: http://www.naiz.eus/eu/hemeroteca/gara/editions/gara_2014-07-10-07-00/hemeroteca_articulos/bonito-o-no-el-futbol-es-solo-un-jogo.
- Kishinchand, I. (2012) “Brasil es el segundo país más desigual del G-20”. *Mirada21.es*. 20/1/2012. Disponible en: <http://www.mirada21.es/detalle-noticia/brasil-es-el-segundo-pasms-desigual-del-g-20-4802>
- Osorio, V. M. (2014) “No es el momento de protestar, sino de usar el Mundial para que Brasil crezca”. Entrevista a Pelé. Diario *Expansión*. 1/6/2014. Disponible en: <http://www.expansion.com/2014/06/18/empresas/deporte/1403119392.html>
- Ruiz, M. (2013) “‘Florentino utiliza las giras para hacer negocios para ACS’”. Entrevista a José Luis López Serrano. Diario *As*. 5/12/2013. Disponible en: http://futbol.as.com/futbol/2013/12/05/primera/1386205133_905855.html
- Tamburrini, C. (2014) “Fervor por el Mundial, pero sin olvidar su costo social”. *Clarín*. 15/5/2014. Disponible en: http://www.clarin.com/opinion/Fervor-Mundial-olvidar-costo-social_0_1138686176.html

Otras lecturas recomendadas

Panzeri, D. (2011 [1967]) *Fútbol. Dinámica de lo impensado*. Madrid: Capitán Swing. Escrito en 1967 por el periodista argentino Dante Panzeri, el libro constituye una reivindicación del deporte como juego y como pasión universal, además de como crítica a las derivas de lo que el autor llama “fútbol moderno”, que relaciona con el negocio, la violencia y las imposiciones del profesionalismo. Una lectura muy recomendable para aquellos que entienden el fútbol como un arte.

Pérez Triviño, J. L. (2011) *Ética y deporte*. Bilbao: Desclee. El autor, profesor en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, es una de las personas que más ha trabajado en España alrededor de las cuestiones relacionadas con la ética y el deporte. En el libro se tratan cuestiones como el dopaje, la violencia, la discriminación sexual, la tensión entre el juego limpio y la competitividad.

Rerelman, M. (2014) *La barbarie deportiva. Crítica de una plaga mundial*.

Barcelona: Virus. Un recorrido por la historia del deporte y sus derivas más reprobables: su relación con el nacionalismo, la xenofobia, el racismo o el sexismo. Un libro para reflexionar sobre los valores que trasmite el deporte de “alta competición”. Una denuncia de las dinámicas de explotación de los deportistas, también de lo que supone la organización de un Mundial como el de Brasil 2014 y las consecuencias que tiene para los ciudadanos.

Rivero, J. y Tamburrini, C. (2014) *Del juego al estadio. Reflexiones sobre ética y deporte*. Madrid: Clave Intelectual. Prólogo de Ángel Cappa. El libro cuenta el desarrollo entre el deporte en las etapas de iniciación hasta llegar al profesionalismo. También algunas de las cuestiones éticas por las que atraviesan los deportistas y sus entornos en un sentido amplio. Uno de los capítulos está dedicado al papel que cumplen los medios de comunicación. Otro, a la experiencia personal del propio Claudio Tamburrini, portero profesional del equipo de fútbol de Almagro que fue secuestrado por la dictadura de Jorge Rafael Videla y logró escapar de un centro de ilegal de detención y tortura. Su experiencia personal alimenta sus reflexiones sobre la filosofía del deporte.

Veiga, G. (2010) *Deporte, desaparecidos y dictadura*. Buenos Aires: Ediciones Al Arco. Como señala el autor, el libro trata de combatir el olvido “desde la cultura y el deporte”. Un libro que narra la historia de algunos de los 30.000 detenidos-desaparecidos durante la dictadura argentina del general Videla que se dedicaron al deporte. “Este libro apela a la memoria de aquellos que fueron perseguidos por el terrorismo de Estado y representa un merecido homenaje a quienes abrazaron con pasión al deporte, sin perder de vista que todos debemos comprometernos con la construcción de una sociedad más justa y solidaria” señala Veiga. En el relato aparecen diversas disciplinas deportivas y deportistas de todas las edades y condición que fueron aniquilados por el fascismo. Un testimonio imprescindible y estremecedor, en el que está muy presente el Mundial de fútbol de Argentina 1978.